

A PROPOSITO DE UNA OBRA SOBRE LA RELIGION DE SHIVA

POR

THOMAS MOLNAR

Dos acontecimientos, que se dirían de menor cuantía, explican la actualidad de este artículo. La aparición reciente del libro de Alain Daniélou (hermano del difunto cardenal y antiguo *enfant terrible* de la familia), *La fantasía de los dioses y la aventura humana* —un ensayo sobre el hinduismo en general y el shivaísmo en particular; y las directrices del antiguo primer ministro, Pierre Mauroy, proponiendo una legislación contra las sectas, que ganan, sobre todo en la juventud, adeptos en número creciente.

Hemos hablado ya en estas páginas de los daños venidos de las religiones orientales sobre esta Europa culturalmente exangüe, y comprobado que en los períodos de vacío espiritual de Occidente esta invasión —sobre todo la hinduista— nos parece un fenómeno natural, bien que desolador. Nuestros compatriotas, incluido el legislador, prefieren cerrar los ojos, profiriendo el *abracadabra* de los «derechos del hombre» que en la realidad permiten a cualquiera infligir graves daños a la sociedad en nombre de la libertad de expresión. Sin embargo, hay que mirar la cosa de frente.

La expansión de las religiones orientales responde a una necesidad que la Iglesia moderna es incapaz de satisfacer, y que, por lo demás, pretende, por boca de determinados prelados y teólogos, ni siquiera comprender. También para estas gentes la democracia, el pluralismo y los derechos humanos constituyen la fe adecuada. Es de notar cómo el reciente discurso del presidente Reagan en Bergen-Belsen, en el que se dan cita todos los

lugares comunes de la época, ha sido una expresión de «la fe del siglo veinte» (segunda mitad), al igual que tantas homilias de predicadores que irritan y aburren a los fieles.

En el vacío así creado no es extraño que las sectas orientales —el hinduismo y sus innumerables variantes, el Tao, el Zen, la religión tibetana, etc.— propongan una alternativa espiritual aparentemente más profunda. Hablemos con franqueza. Así como en nuestras sociedades grises que giran en torno a los bienes de consumo, el uniforme —incluso pacifista, hippy, pseudo-fascista— atrae a la juventud a título de aventura, asimismo las profundidades auténticas, y también las camelísticas de los hinduismos ejercen una atracción irresistible sobre los espíritus sedientos de algo diferente del pseudo-debate entre socialistas y liberales. El éxito del hinduismo traduce la desconfianza hacia lo racional, hacia el Dios personal del monoteísmo y hacia una moral fijada y permanente. El hinduismo propone, a imagen de sus templos y demás monumentos, la visión vertiginosa de universos múltiples, de períodos de tiempo (ciclos) inconcebibles y encajados unos en otros; en fin, una visión desorientadora, alucinante, para el espíritu cristiano-occidental. Dado que todo es infinito e indefinido, y que se invita al espíritu humano a licuarse, a disolverse en una especie de danza cósmica, ni siquiera hace falta la droga: antes de ella, se está ya drogado por el solo hecho de que la religión oriental priva de las defensas, de los hitos de la vida interior.

Así, leemos en la obra de A. Daniélou esta descripción del yoghi: «se hace igual a los dioses, pero, antes que eso, las disciplinas a que se somete le aíslan de los otros mortales. Llega a hacerse extraño a la sociedad humana, marginal, inquietante. Su vida es a la vez ascética y lúbrica (*sic*) porque las fuentes de su poder residen en el cuerpo sexual. Es así respetado y temido» (pág. 128). Ese párrafo, mejor que otros más sensacionales, muestra la disociación oriental de lo ontológico (en rigor, la negación del ser, por ello mismo lo no-ontológico) y de lo moral. Precisamente porque *no hay nada*, resulta indiferente que el yoghi, en su atletismo «espiritual» gratuito, cohabite o no con las cortesanas sagradas. Por lo demás, esta cohabitación no correspon-

de con nuestras costumbres que lo sitúan bajo los mandamientos de Dios. Las relaciones sexuales del atleta místico hinduista son de otra naturaleza: el hombre, aspirante al aniquilamiento personal, retiene su semen en el acto «de amor», mostrando así su absoluto autodomínio, su egoísmo total, su indiferencia. Lo que retiene —escribe M. Eliade—, no es tanto el semen en cuanto tal como la «luz» que contiene, que se refuerza en él con sus proezas de fornicación sutilmente perversas. Gandhi, que era yoghi, cohabitaba en su edad avanzada con una muchacha muy joven para probar que podía abstenerse de tocarla.

A. Daniélou ataca, como es natural, al cristianismo —y sobre todo a la Iglesia— por haber traicionado a la gran espiritualidad oriental, que se manifestaba a comienzos de nuestra era en las sectas gnósticas. Surgió Constantino, y la Iglesia abandonó la inspiración de Cristo para entregarse al juego del poder y de los intereses temporales. Esta acusación, repetida hasta la saciedad por cuantos tratan de desligarse de los príncipes y prelados que nos gobiernan, no tiene en cuenta ni el sentido ni las palabras del Evangelio. La Iglesia no es ni maniquea, como tanto se repite, ni ansiosa de poder y de gloria, como dicen otros; su acción se inspira directamente en las palabras de Cristo —con sus caídas, es cierto, sus abusos y traiciones, ya que quienes están al servicio de la Iglesia son hombres, y al modo de Pedro, débiles un momento, pero escogidos por el Señor—. Se está llegando a tratar de escribir una historia paralela de la Iglesia en la que ésta no sería más que una secta entre las demás, secta abusiva que ha hecho que la historia religiosa se separe de su término natural, la Gran Tradición oriental. Se predice, en consecuencia, que el cristianismo acabará por reabsorberse, sea en el judaísmo (al que no se osa atacar por más que sea monoteísta), sea en el esoterismo hinduista.

Pero volvamos a éste, o más bien a su influencia. Encontramos en la obra de Daniélou este otro pasaje en el que evoca la enseñanza corruptora del «falso sabio» Arihat cuando hace aceptar al «rey de los Asures», al comienzo de la humanidad, el programa siguiente: el universo es eterno, no existe creador. Lo que

existe no tiene finalidad: las cosas evolucionan, después se destruyen. Cada ser humano es de por sí un dios, y lo que llamamos «dioses» no son sino hombres glorificados. Por lo demás, si los hombres pueden vivir hasta 120 años, los dioses viven hasta 4.320.000 años y desaparecen con el Gran Ciclo. A la postre, todo se destruye. Entre tanto, los hombres son iguales, más allá del bien y del mal. La virtud única es la no-violencia (pág. 25).

Es de notar que Arihat, según la leyenda, fue encargado por Shiva de corromper a la humanidad, y su mensaje es así enteramente negativo. Reconocemos en él, sin embargo, aspectos que nuestro mundo de hoy ejecuta literalmente, como cumpliendo sus órdenes. Sin que se den cuenta, los hinduistas aficionados —quiero decir los sectarios y los nuevos paganos— se comportan según los mandatos de los dioses destructores. Pero estos dioses forman parte de un ciclo que los determina tanto como a los humanos que les siguen. He aquí un determinismo herméticamente cerrado que nos produce vértigo por las infinitas contradicciones que engendra. Por ejemplo, se sigue que el *mal* no tiene ningún sentido, ni la búsqueda de la felicidad, ni el yo. Cito al autor: «Todo ser dice yo, pero el yo es una ficción... El yo no es sino un mundo temporal que se forma de los diversos materiales de sus órganos internos y que se disocia al morir» (pág. 103). Por supuesto, ninguna explicación se nos da —al igual que *mutatis mutandis* en Lucrecio— de por qué esos diversos materiales se dan cita en un «nudo», ni de por qué se disgregan en un momento dado. Ni de por qué esos materiales diversos se agregan siempre de una manera idéntica, ni de por qué un yo entiende a otro yo.

Pese a estas insuficiencias, que un principiante en filosofía debería comprender y apreciar en su justo valor, la manía por el hinduismo no cesa de crecer, precisamente porque la voluntad de creer es más fuerte que el pensamiento racional. Repitamos que sólo el cristianismo acoge a la vez la razón y la fe, insistiendo en que una y otra siguen caminos paralelos hasta el momento en que la beatitud y la santidad las concilien. No ignoro

que esta cumbre entre fe y razón no satisface a todos los espíritus exigentes, pero, ¿cómo se explica que estos mismos acepten a continuación descender a lo profundo de la credulidad con tal de que ésta se revista de un tinte exótico?

Es, sin embargo, lo que sucede. Yo mismo hice aquí, hace unos años, un informe del Congreso de Córdoba donde los más grandes sabios: astrofísicos, neuro-cirujanos, especialistas en partículas nucleares, etc., se miraron juntos en el espejo del misticismo oriental, sobre todo hinduista o budista. A. Daniélou se llena con esto la boca ya que estos avales de científicos reconocidos suponen en nuestra miserable época un pasaporte para el adoctrinamiento de la juventud. Y, en efecto, autoliberados de las nociones claras que ayudarían a la observación, los científicos encuentran respuestas más adecuadas en lo gaseoso oriental que en los conceptos de un aristotelismo al que se trata de desacreditar. El autor parece estar de acuerdo en decir, según la doctrina hinduista, que «el mundo es un sueño divino», frase que se presta a una elegía, pero no a conocer los fenómenos. La desustanciación de éstos conviene perfectamente al estado actual de las ciencias llamadas irónicamente exactas.

Lo que precede, interesante en sí mismo, me conduce a proponer otra cuestión. Estamos, sin duda alguna, en un ambiente público y político cuyos presupuestos democrata-liberales representan uno de los polos mayores de la ecuación, en tanto que el otro polo permanece gaseoso, disputado por el marxismo, el utopismo, el unimondismo y sus variantes. Lo que me sorprende es que el esoterismo, hinduista o similar, no haya sido aún asimilado en el magma político. Me parece claro que en el plano de la ciencia, del arte y de la religión —siempre en las más altas esferas de la sofística— el esoterismo hindú y algunos otros: chamanismo centro-americano, magia, astrología, etc., han ya penetrado en la consciencia y la subconsciencia de Occidente. Poco a poco, las universidades, los círculos de élite, incluso las Iglesias valoran lo esotérico como saber verdadero tras las caretas que ha inventado nuestro mundo greco-cristiano. Y simultáneamente se desarrolla una visión terapéutica de las cosas, porque

en lugar del Occidente intelectualmente *curioso* desde los estudios jónicos de la *physis*, se prefiere hoy el *terapeuta* (hermeneuta, analista de la psique, chaman) que nos libera de los sedimentos de racionalidad y reivindica nuestros fondos profundos en los que los fenómenos pierden su significación y relevancia

La pregunta me parece, pues, válida: ¿qué *política* tendremos cuando el esoterismo haya invadido nuestro pensamiento y nuestras reacciones? El problema es concreto, y forman parte de él los automatismos que se ha comenzado ya a inculcarnos. El uso del ordenador en los puestos de trabajo, en el laboratorio, los centros estratégicos, la escuela, la casa (la publicidad en América insiste hoy en que cada habitación sea provista de ordenadores, supuesto que la televisión se encuentra ya en saturación) llevará a la paradoja de que el individuo, incapaz de relacionarse con sus prójimos, se verá, sin embargo, conectado a una red de «comunicación» dentro de la cual empleará un lenguaje simplificado, una lista de signos. La eliminación de la inteligencia, su vacío, será llenado por el cerebro colectivo soñado por el biólogo Juilen Huxley y el P. Teilhard —y antes por Averroes—, el cual, sin siquiera ser manipulado, situará a los partícipes en un estado de sonnolencia asociado a reacciones automáticas. Lo gaseoso hinduista se adecuará mejor a esta mentalidad post-moderna que la enseñanza católica sobre la persona creada por Dios y relacionada con El por sus facultades lúcidas, únicas aptas para honrarle.

Basta con observar la televisión americana para explicar la decadencia increíble de ese pueblo desde una generación a esta parte, decadencia exportada a todas partes con la velocidad de la electrónica. La política se ve ya afectada al servirse de un verdadero hipnotismo descerebrador para crear un clima colectivista, a la vez que la ilusión de que cada uno decide por sí mismo. Los cerebros americanos están, en efecto, ligados unos a otros, y se siente circular por ellos corrientes, no de ideas, sino de automatismos manipulables según la programación. Ante esta agresión se dan dos reacciones posibles que convergen: el escepticismo total y la credulidad. El escéptico suele situarse fuera

de juego; el crédulo —no como actitud momentánea sino como tipo humano— vive con la máquina creadora de falsos conceptos y de imágenes falsas. La concentración poderosa de estas imágenes y nociones crea un ambiente irreal, pero, dado que posee el monopolio más allá del estrecho *métro-boulot-dodo*, instala la fluidez en todo lo demás, especialmente en la esfera llamada de «tiempo libre».

La política futura deberá, en consecuencia, contar con *yoes* encerrados en su propio pequeño universo no-parlante y sin comunicación inteligente, y disponer al mismo tiempo, con una red irreal, de una sociedad en que todos son marginados (recordar el sabio Arihat), pero irresistiblemente relacionados con centrales manipuladas, automatizadas.

Repito que el esbozo está ya realizado en la política y en la cultura. El aislamiento de cada uno no produce pensamientos originales nacidos de las fuentes profundas del alma; al contrario, se trata del aislamiento de un alma vaciada, incorporada a un super-cerebro manipulado anónimamente. No sólo los individuos se ven así aislados: su tiempo y su espacio lo están igualmente. El análisis de este tiempo y de este espacio fragmentados nos llevaría lejos de nuestro tema. Baste decir que la arquitectura de moda (véase la pirámide de Louvre, el Centro Pompidou, la maqueta de la nueva ópera de la Bastilla) fragmenta y rompe el espacio público, destruyendo así la unidad del campo visual tanto como la del bien común. La parcelación del tiempo es más fascinadora aún: el automatismo que nos domina a través de los robots que nos gobiernan impone la organización de una (seudo)-novedad a tal o cual intervalo. Este mecanismo exige, como novedad —los fondos eliminados obligan— como un conjunto indisociable, con su estilo, sus slogans, sus presupuestos, sus proyecciones. El individuo que sufre esta operación vive el instante y envejece más rápidamente que aquel cuyo ritmo de vida, de percepción, de formulación de ideas, es natural. Se hace viejo sin haber vivido. Tal es la imagen de mis estudiantes, desecados a los veinte años como un sabio de Oriente.